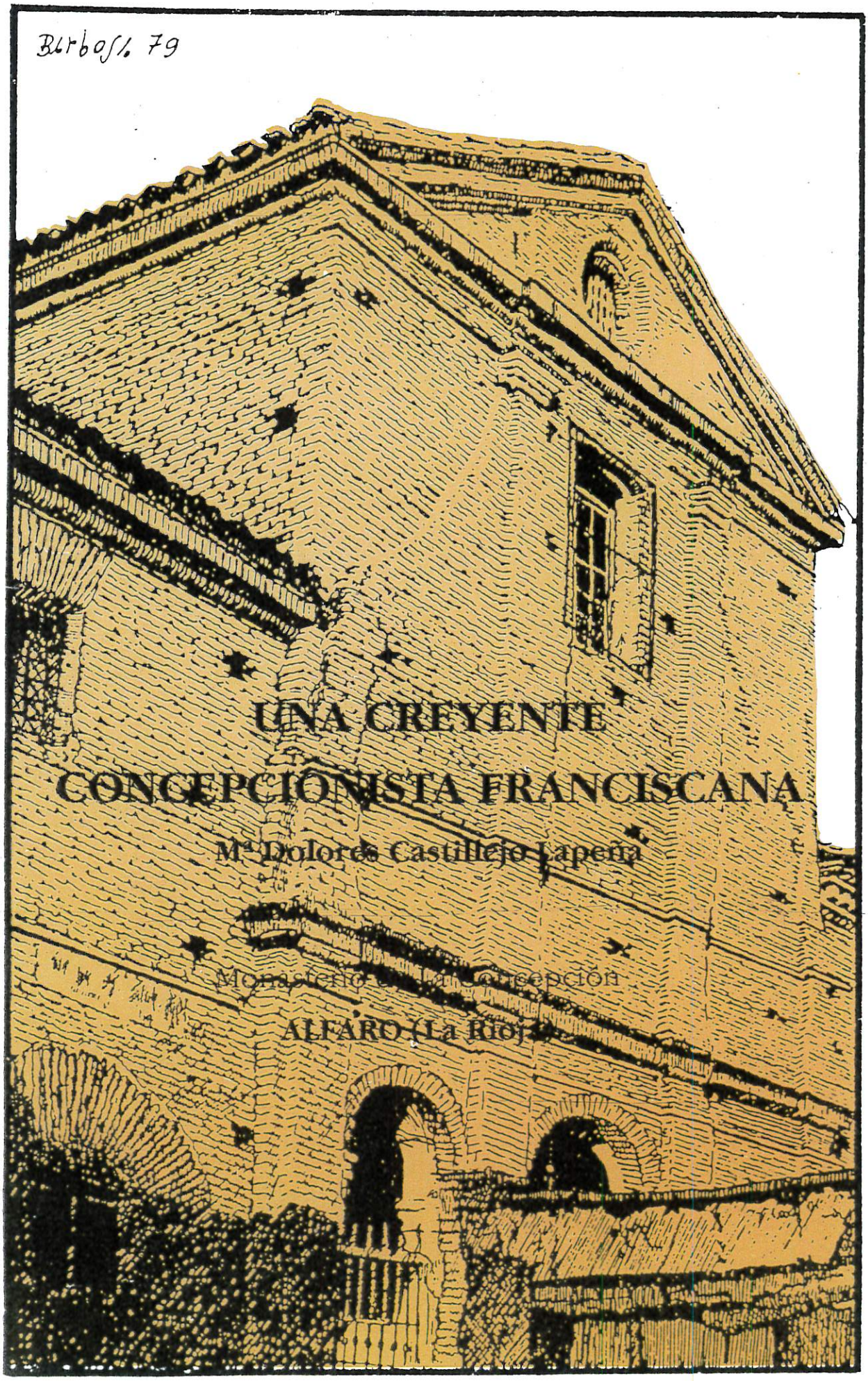
Burbos/. 79



UNA CREYENTE CONCEPCIONISTA FRANCISCANA

Mª Dolores Castillejo Lapeña

Monasterio de la Concepción

ALFARO (La Rioja)

UNA CREYENTE CONCEPCIONISTA FRANCISCANA

Mª Dolores Castillejo Lapeña

Monasterio de La Concepción

ALFARO (La Rioja)

INTRODUCCION

Todos sabemos que existen experiencias estrictamente humanas que nos invitan a salir de nosotros mismos, a descentrarnos y tomar contacto directo con la realidad de Dios. Hechos que nos educan e iluminan, no sólo en nuestra dimensión trascendente y religiosa, sino, además, en nuestra dimensión moral, provocándonos, de alguna manera, deseo de verdad en la vida.

Una muerte, la muerte de una Hermana, de un ser entrañablemente querido es una de esas realidades concretas que van madurando nuestra fe, que nos impulsan a colocarnos ante Dios y plantearnos muy a solas el sentido y la validez de la vida humana, al igual que la veracidad de nuestra consagración a Dios.

Esta Comunidad de Concepcionistas Franciscanas hemos vivido en el mismo corazón de la Navidad de 1990, el día 27 de diciembre, la súbita partida de nuestra Madre Abadesa, Mª Dolores Castillejo. No podemos señalar con certeza la serie de circunstancias que dieron lugar al inesperado fallecimiento de Madre Mª Dolores. Aparentemente se le advertía en buen estado de salud, ella misma reconocía y confesaba su entereza física.

Ahora, después de un prudencial periodo de tiempo, de silencio denso en reflexión, queremos compartir con todas vosotras, Hermanas de la Federación, y con cuantos vivís, de una u otra forma, cercanos a nuestro Monasterio, reflexiones un tanto sapienciales y pragmáticas de la vida de Madre Dolores.

Todos asentimos en que, ciertamente, el Evangelio vivido en sencillez atrae a los Hermanos. Tal vez, por ello mismo, porque Madre Mª Dolores ha sabido vivir en la sencillez del corazón, consideramos útil el estímulo de su historia, haciendo uso didáctico de ella.

No buscamos tanto presentar una imagen agradable de nuestra Madre, cuanto subrayar su absoluta autencicidad humana. El criterio supremo de su autenticidad la medimos desde su ser de persona que limpiamente busca a Dios. La inmediatez de Dios a todos los acontecimientos fue una constante en su pensamiento creyente-contemplativo.

No nos afanamos en enaltecer desmedidamente a Madre Dolores. Somos conscientes que toda esta buena realidad que ella ha vivido no le pertenece totalmente; es suya, sí, pero a la vez es ajena. Es fruto de la gracia y del don de Dios. Aunque también, necesariamente, consecuencia de la escucha y respuesta, obediencia y fe.

Queda aquí expresado nuestro intento al ofreceros estas modestas páginas.

Usamos este título: "Una Creyente Concepcionista Franciscana" como referencia sencilla a lo que fue su vivir: Religiosa, hija de Santa Beatriz de Silva, que, impulsada por su amor al misterio de la Concepción Inmaculada de María, se ilusionó por vivir en la tierra buscando la verdadera sabiduría.

Diciembre 1991.

Concepcionistas Franciscanas de Alfaro.

Ha muerto nuestra Madre Dolores ,
y sin embargo, su carisma y fuerza de madre
permanece entre nosotras.
Muchas habéis tenido oportunidad de conocerla;
sabéis, más o menos, de su rica personalidad
de su sencillez y madurez humana,
así como de su continuo bien obrar.
No buscamos ahora hacer un elogio sin reservas sobre su
persona. Tal vez nuestro afecto y amor hacia ella
nos llevaría a presentarla un tanto idealizada,
y lo que verdaderamente queremos expresar es
que Mª Dolores ha sabido ser una auténtica madre.
El ejemplo de su vida,
los hechos que podamos narrar de ella,
tan profundamente grabados en el recuerdo
de cada una, hablarán por sí solos, transparentarán,
de alguna manera, el mundo interior de nuestra Madre.

OCURRIO EN NAVIDAD

"Una muerte no es algo ajeno a la Navidad", nos decía un Padre Franciscano ante el cuerpo inerte de nuestra Madre. Hay algo sagrado que anuncia el misterio de Belén, algo que siempre ha impulsado y sazonado la vida de Mª Dolores: **La pobreza.** Pobreza que une a nuestra Madre con la encarnación de Dios en un pesebre; pobreza del Niño que Dios dignificó, pobreza de Mª Dolores que a Dios agradó y coronó, hasta el punto de concederle morir en el suelo, absolutamente despojada de todo, como Francisco, como Jesucristo el Hijo de Dios.¡Dichosa Mª Dolores que vivió en su muerte la misma muerte de Jesús!

Ella no solía preocuparse en "dar" testimonio sobre la pobreza, sobre cómo cuestionar evangélicamente. Fue su actuar el que hablaba, sí, de una pobreza entendida en términos

de disponibilidad, disposición, de servicio.

Cuánto agradaba a todas evocar aquel gesto de sus años jóvenes en el que por indicación de un Padre Franciscano, quien acompañaba su proceso espiritual, cedió su casa a un joven matrimonio, forastero, que se veía en palmaria necesidad. Y es que en aquella década de los cuarenta Mª Dolores vivía totalmente dedicada al apostolado con los pobres. Su tiempo, sus capacidades, cuanto constituía su persona, todo, era orientado a subsanar posibles necesidades. A diario se le veía recorrer las calles de la ciudad, con paso corto y decidido, en expresión de un familiar. Era muy habitual encontrarla en los puntos más recónditos y diversos del pueblo, siempre con benignidad y siempre en busca de la "Oveja" necesitada de apoyo moral y material. Se preocupaba responsablemente de agilizar gestiones para poder ingresar a enfermos; intervenía asiduamente en obras de beneficiencia; vivía, en una palabra, al servicio de los pobres. Pues bien, tal era la certeza y seguridad de dicho Franciscano con respecto a la disponibilidad de Mª Dolores que, después de acoger a susodicho matrimonio y ante la circunstancia de no poder proporcionarle un techo durante su estancia en Alfaro, sugirió a nuestra Madre que marchase con algún conocido y cediese su casa a estos pobres de Dios. Mª Dolores, con generosidad de ánimo y sin concederle mayor importancia, así procedió. ¿Intuiciones, atisbos de aquella pobreza que Francisco hermanaría con la santa humildad...? O como aquella otra ocasión en la que asumió la tutela de un infante de pecho cuya madre estaba enferma e incapaz de atenderlo. Mª Dolores se comprometió a acogerlo en su casa, asearlo, alimentarlo y cuidarlo.

Estas escenas descritas son muy decisivas a la hora de convencernos de que Mª Dolores ingresó en el Monasterio con su nota distintiva: su disposición espiritual a la pobreza, su vivir buscándola, preludiando, así, su configuración con la espiritualidad franciscana que tanto ha amado en su vida religiosa.

Conocer la verdadera madurez cristiana de Mª Dolores, el conjunto de virtudes con las que en sencillez ha sabido vivir -que, en definitiva, no son otra cosa que las huellas de Cristo en humanidad-, excede nuestro humilde propósito a la hora de imprimir estas breves páginas. No queremos subrayar, simplemente, los generosos hechos de vida que se hallan en ella, que no constituyen la santidad de una persona, aunque, en verdad, sí la demuestran; insistimos, además, y si se quiere sobre todo, en que Mª. Dolores ha sabido vivir unida al Señor de la gracia, ha buscado siempre obrar y conducirse en su nombre. A ello nos animaba muchas veces: **A vivir en el nombre del Señor.**

Recogemos algunos datos,
síntesis biográfica de su recorrido histórico:

UNA INFANCIA ZARANDEADA.

Mª Dolores Castillejo Lapeña nació en Alfaro un 30 de agosto de 1923. Ya inmediatamente, cuando sólo contaba la edad de 3 años, en 1926, muere su madre Mª Teresa Lapeña; hecho que indudablemente marcaría su sensibilidad infantil y que, de alguna manera, influiría en su posterior comportamiento.

Como nota curiosa apostillamos que nació al transcurso de 20 años de la unión esponsal de sus padres.

Unico fruto del matrimonio de Julián y Mª Teresa, al fallecimiento de ésta, permaneció viviendo con su padre, hasta que a la edad de 15 años contrajo una enfermedad torácica que les obligó a trasladarse a la ciudad de Logroño. Desplazados a la capital de La Rioja, la ingresaron en el Sanatorio, permaneciendo allí durante mucho tiempo, al termino del cual quedó completamente restablecida. Sólo una anomalía biológica quedó de esta enfermedad: el corazón dilatado y algo desviado.

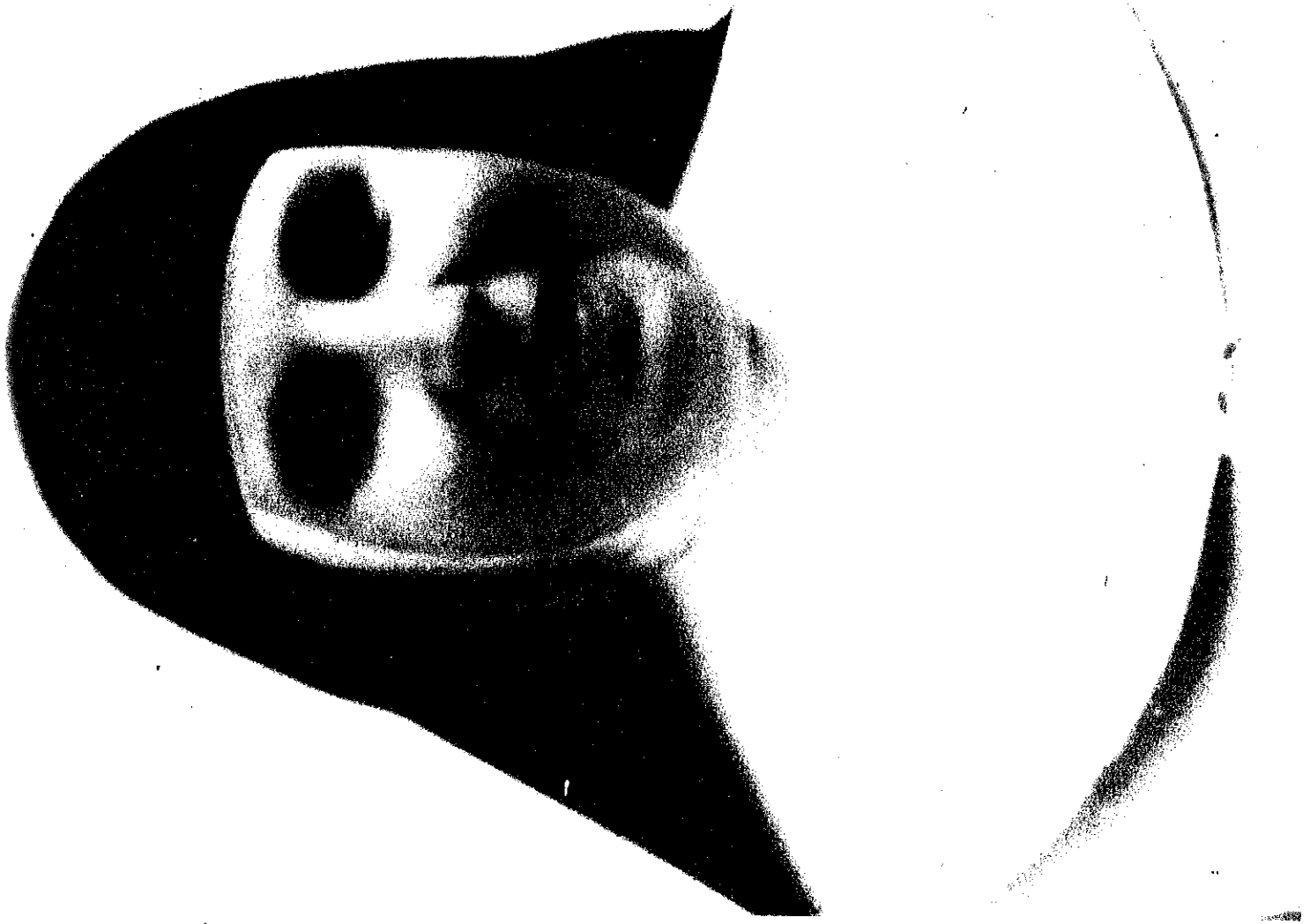
No obstante, la cuestión pulmonar no volvería a reincidir ni minar su salud y entereza física.

Ambos, padre e hija, permanecieron en Logroño donde Mª Dolores asumió el cuidado de su padre. En la piedad y la esperanza fueron pasando los días de la ancianidad de Julián. Era un 30 de enero de 1948 cuando su padre descansaba eternamente en el Señor.

MADURA JUVENTUD

Ahora es el momento en el que Mª Dolores, con absoluta disponibilidad, corroboró y continuó su entrega personal, hasta ahora proyectada en su padre y desde ahora orientada a las personas más sencillas del pueblo, como ya hemos indicado.

Mª Dolores, indudablemente, tuvo cierta sabiduría práctica de la vida: la habilidad y el acierto de saber encontrar lo mejor de sí misma en una total consagración al hermano. Pero Mª Dolores poseía, además, esa otra sabiduría del corazón que le hizo más consciente de que, verdaderamente, "la bendición de Dios es la que enriquece y nada añade el trabajo a que obliga" (Prov 10,22). Lo cierto es que pasaba diariamente, siempre en el mismo segundo banco de la iglesia de San Francisco, largos ratos derodillas ante el Santísimo. Ahí pudo madurar uno de los principios cristianos que muy frecuentemente afirmaba: "Todos nuestros bienes humanos tienen su origen en el Señor y sus destinatarios en los hombres hermanos". Ahí, en la cercanía del Señor, pudo adquirir ese equilibrio de pensamiento tan habitual en ella y que, con el andar de los años, tanta serenidad nos infundiría a todas nosotras. También ahí, al calor de la imagen de San Francisco, pudo pensar y reflexionar reiteradamente aquel postulado tan repetido por ella y perteneciente al patrimonio literario de nuestras fuentes franciscanas:



"Cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más" (Adm. 19,2).

Ciertamente que su fe y su respuesta a la Palabra de Dios son intransferibles, son algo enteramente personal que permanece en el interior mismo del hombre. Pero no hay lugar a dudas a la hora de afirmar que fue, precisamente, la oración en la vida de Mª Dolores, la gracia de la Palabra, la que fue ordenándola en su vida de creyente; la que situó lo cristiano en el corazón mismo de lo humano, hasta el punto de hacer que su verdad, la autenticidad de su persona, se pueda advertir en su comprobada capacidad de morir, de dar su vida por los pobres y más necesitados.

Mª Dolores fue una chica muy sociable, se relacionaba con todo tipo de personas; siempre reflejaba una actitud acogedora, humana, comunicativa, de forma que quienes la conocían la valoraban como de gran confianza. La misma Comunidad de Concepcionistas Franciscanas, cuando alguna joven frecuentaba el Monasterio con inquietud vocacional, en seguida, sin ninguna reticencia, le ofrecían la amistad de la Srta. Mª Dólores Castillejo.

"FLORECILLA" SIMPATICA DE Mª DOLORES

Cuentan las Hermanas que en cierta ocasión, allá por los años del 45, Mª Dolores tuvo que viajar hasta uno de los rinconcitos más bellos de Vizcaya: Bermeo. Allí, después de haber familiarizado con dos chicas muy semejantes a sus caracteres, decidieron, una tarde soleada de domingo, salir de paseo. No había muchas posibilidades de diversión, por lo que, cansadas ya de ir y venir por el hermosísimo y pintoresco puerto marítimo, y al pasar por la fachada de un cine y advertir que la película a proyectar era "San Francisco", ilusionadas y con cierto deseo, decidieron entrar en la sala y pasar la tarde

recordando la biografía del Poverello de Asís, la historia de la Orden franciscana, por la que tan fuertemente atraídas se sentían. Tuvieron que tolerar una interminable fila para poder llegar a la taquilla, pero no les importaba. Ninguna penuria descompensaba el gustazo de sentir y vibrar ante la figura de San Francisco y sus primeros compañeros. Una vez adquiridas las entradas, buscaron un rinconcito tranquilo, y ya dispuestas esperaban. La película comenzó y ellas esperaban, esperaban y se inquietaban pues no veían aparecer al joven de Asís. De vez en cuando se oía la voz susurrante de Mª Dolores que, inclinándose a sus amigas, preguntaba: ¿cuándo sale San Francisco? Desconsoladas debieron quedar las pobres advirtiendo, por fin, que no se trataba, contra todo su pesar, de ninguna película de San Francisco de Asís. El título, en efecto, era el dicho, pero el argumento giraba en torno a la ciudad de San Francisco en Estados Unidos de América.

UNA DECISION DE FE

Pero llegó la hora de Dios.

Cuanto vamos narrando de la vida de nuestra Madre basta por sí solo para darnos idea de que afortunadamente, había descubierto a Dios como su más alta riqueza; su entrega, su darse a los pobres, no podemos razonarlo desde ningún argumento humano que no sea ese **gozo de vivir en la fe cristiana.**

¡Cuánto extrañó aquel ingreso de Mª Dolores en un Monasterio de vida contemplativa, en el Monasterio de La Concepción de Alfaro !Ella, que era tan dada al apostolado directo con los pobres... Pero si la pobreza auténticamente franciscana aparece en su vida como algo esencial, en definitiva, no era sino una generosa respuesta de fe. Y, porque le encendía la idea de consagración a Dios, porque Mª Dolores advirtió la necesi-

dad de Comunidad por causa de esa misma fe, una tarde de junio, cuando contaba 30 años, serena y madura atravesó los vetustos muros del convento y se adentró en lo que ella bien entendía como una fuerte experiencia de Dios: la vida monástica.

Quienes hemos convivido largos años con ella, diremos que su vida consagrada ha sido un encuentro con las Hermanas de Comunidad, un encuentro con todos los hombres, también hermanos, en el misterio orante de la Iglesia.

Mª Dolores, que vivía enamorada de la verdadera pobreza, abrazó los Consejos Evangélicos, sí, pero los abrazó a la luz de su experiencia de las bienaventuranzas, a la luz de quien se siente pobre pero descansa en Dios. Ahí debe buscarse las raíces más profundas de su decisión vocacional definitiva: en el deseo de vivir la buena noticia de la voluntad de Dios.

CUANDO SE VIVE EN LA ESPERANZA

Ya desde los incipientes pasos de Mª Dolores en la vida monástica concepcionista se evidencia algo curioso en ella: su acierto a vivir con toda inteligencia espiritual. Ella, su estilo, su vivencia personal, nos iría recordando aquella sentencia de Jesús: "Mayor felicidad hay en dar que en recibir" (Hech 20,35).

Debemos afirmar, en primer lugar, que Madre Mª Dolores supo mostrarse desde un principio compartiendo su amistad, en un cierto humanismo cristiano.

En aquella década de los sesenta -época áurea en vocaciones-, estaba implantado en el Monasterio de Alfaro el Noviciado Común. Fueron unos momentos de floración vocacional para la Orden Concepcionista. Nuestra misma Federación de Cantabria brillaba y prometía futuro en aquel amplio número

de jóvenes que habían llamado a las puertas de los Monasterios en el deseo de profundizar y madurar su fe, en el anhelo de conocer a Dios en la experiencia del seguimiento evangélico que la Orden de la Inmaculada Concepción les ofrecía.

Pues bien, en los estadios iniciales a la vida de consagración (postulantado, noviciado y juniorado) Mª Dolores convivió con 12 compañeras, hermanas en una misma vocación, hermanas por un mismo ideal concepcionista que hacía de la vida cristiana la única tarea para ellas. También entonces Mª Dolores poseía cierta nombradía en el grupo. ¿Su madurez? ¿Su edad? ¿Su prudencia? o ¿tal vez, por aquello de que "el hombre justo debe ser humano" (Sab 12,19)? El hecho es que supo ganarse la confianza no sólo de sus compañeras, connovicias, sino, también de las Religiosas veteranas en la experiencia monacal. La misma Madre Maestra, Sor Adoración Aurrecoechea, cuando por alguna razón debía ausentarse momentaneamente del noviciado, solía dejar a Mª Dolores un tanto responsable de la buena organización del grupo.

Puede ser importante destacar aquella reflexión que Mª Dolores comentaba al transcurso de ciertos años. En su manera de hablar, en el tono con que se expresaba, se transparentaba la veracidad con que recordaba aquella actitud que la gracia disponía en su espíritu. Y es que una idea que persistentemente le motivaba y provocaba su respuesta generosa al Señor, sin hacerse necesaria ninguna otra recomendación para adentrarse por los caminos de la cotidiana búsqueda de verdad, era el pensar y sentirse **consagrada a Dios.** Esta realidad de su vida le incentivaba e, incluso -diría ella misma-, no le importaba en absoluto ocuparse en una u otra tarea de la casa. Lo fundamental para ella era saberse posesión de Dios y vivir esta riqueza interior.

Mª Dolores, en y a lo largo de su vida religiosa, y ya como Hermana incorporada totalmente a la Comunidad, bien podemos decir que compartía su experiencia de amor.

Era natural en ella la abierta sonrisa y la serenidad. Su persona representaba para nosotras un verdadero descanso del corazón. Poseía una psicología afectiva y fraterna. Solía ser reflexiva, no muy habladora. De complexión más bien algo débil, ella misma se extrañaba del aguante físico que el Señor le daba, hasta el punto de poder colaborar tenazmente en todas las ocupaciones de la casa.

Existía un aspecto de su personalidad que bien llamaba la atención de las Hermanas: su ecuanimidad y dominio de sí misma. Con la Escritura en la mano, nos convencía de que, en efecto "más vale el hombre paciente que el héroe, el dueño de sí que el conquistador de ciudades" (Prov 16,32). La paciencia era, ciertamente un elemento sobresaliente en su pedagogía de comunidad. Por ello, tal vez, por su paciencia y capacidad de acogida, comenzó a despuntar en su persona el carisma de atención a las Hermanas enfermas. La prudencia de una persona buena siempre alcanza favor, y es cierto que cuantas Hermanas delicadas quedaban a sus cuidados, se sentían seguras y confiadas.

Ella quedó, también, responsable del control y administración de las medicinas de la Comunidad. Ello le permitió conocer algo del mundillo de la enfermedad o, lo que es lo mismo, de la caducidad de lo humano. En multitud de ocasiones ha sido ella quien tenía que correr con alguna Hermana enferma en un urgente ingreso clínico.

No sería del todo veraz pensar que esta esmerada entrega, este echarse sobre los hombros las debilidades ajenas, le resultase fácil y con soltura. Digamos, sí, que Madre Mª

Dolores quiso y supo creer practicando la fe todos los días, experimentando que el Reino exige renuncia y violencia.

SINCERIDAD DE DONACION

Madre Mª Dolores vivió su experiencia de Dios en toda su profundidad. Era consciente de que conocer un tanto al Padre "que tanto amó al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3,16), es entrar en el misterio de la 'diaconía'; es entender la pedagogía de Dios cuando, preferencialmente, se manifiesta en lo pequeño y sencillo. De ahí que su 'teología' fuese, de alguna manera, el servicio: vivir para servir bien a las Hermanas. Bien convencida de esto, se derrochaba en disponibilidad. Siempre estaba ahí, dispuesta, generosa a cuanto se pudiera necesitar de ella.

Un ejemplo vivo, signo de dicha actitud, puede encontrarse en su hospitalidad. Habitualmente acogedora, correcta, dispuesta en hacer que las demás se sintieran a gusto. Su misma celda constantemente permanecía abierta a todas las Hermanas. No era extraño encontrar a cualquier hora del día la puerta entornada, como, igualmente, toparse varias Hermanas en ella. Se tenía libertad para entrar y salir; se sabía el terreno que se pisaba y, por tanto, se procedía con cabal confianza.

Mª Dolores pensaba que sí que es cierto, que cuanto mayor sea uno, tanto más debe humillarse y buscar el interés de la Comunidad. De ahí su pronta acogida a la voluntad de la Madre Abadesa, cuando le asignaron el quehacer de cocinera oficial y permanente. Este servicio lo desempeñó durante dos trienios consecutivos. Bien por su posible pericia, bien por la experiencia que fue obteniendo en este lapso de tiempo, el caso es que llevó a cabo muy bien este servicio. Además, podía intuirse que se hallaba a gusto, pues en más de una ocasión, y a pesar de no tener muy buen oído, se le pillaba cantando y musitando motetes.

Su realidad espiritual, es decir, su visión de fe, además de que también incidiría su diario alimentarse en la Eucaristía -de la que se confesaba ardiente amante- le permitía percibirse a sí misma como un miembro, estando y permaneciendo ahí donde el cuerpo entero de la Comunidad tenía necesidad de ella.

DE COCINERA A MADRE VICARIA

Mª Dolores llegó a vivir, tanto la actitud de disponibilidad como la vida fraterna en general, en clave de auténtica y verdadera amistad. Desde que inició su convivencia con las Hermanas en el Monasterio, se mostraba suave y benigna. Sabía unir, crear respeto. Sabía también escuchar y acoger con paz a las Hérmanas. Por todo esto, tal vez, además de porque se revelaba serena ante las dificultades, en el capítulo conventual celebrado el 10 de juniode 1964 las Hermanas la eligieron por mayoría para asumir una mayor responsabilidad: la función de Madre Vicaria. Junto a ella, y también por auténtico servicio fraterno, fue reelegida Madre Abadesa Sor Mª Angeles Aurrecoechea. Las dos colaboraron decididamente en el intento de buscar un futuro bueno, más perfectamente creyente, contemplativo, para la Comunidad.

De forma sucesiva, en los capítulos conventuales del 22 de juliode 1967 y el del 14 de nomviembre de 1970, fue reiterándose esta voluntad comunitaria.

Una cosa merece resaltarse particularmente: la constante en Mª Dolores de manifestarse como Hermana entre Hermanas. Bien repetidamente insistía y subrayaba que la fraternidad es una colaboración conjunta; que cada Hermana debe aportar sus carismas y riquezas al bien común y así, entre todas, libres de ataduras, crear ese ámbito al que está llamada una Comunidad religiosa.

Ya hemos dicho cómo Mª Dolores poseía aptitudes especia-

les para atender a las Hermanas enfermas. ¡Cuántas horas y horas dedicó, paciente, a sus servicios! Había comprendido que para conocer a Dios no bastan los maestros y los libros. Que se necesita también vivir con sinceridad la entrega al Señor, y no sólo en el espíritu, sino además, y casi sobre todo, una entrega humilde en las Hermanas. Intuyó que la enfermedad es un medio vital de conocer a Dios, y se abrió integralmente a El en el misterio de cada Hermana.

Importante es evocar aquella ocasión en que Mª Dolores permaneció acompañando a una Hermana hospitalizada durante cinco semanas ininterrumpidas. Casi fue una penetración psicológica. Aquella Hermana enferma iba a ser intervenida quirúrgicamente, y no sentía seguridad si no era en Madre Mª Dolores. Su experiencia, su imperturbable serenidad, le infundían confianza. Mª Dolores, que conocía estos sentimientos y más que "hacer", le gustaba acertar en lo que hacía. Amablemente permaneció día y noche en disposición de cuanto se pudiera necesitar de ella.

Esta circunstancia le permitió entablar fraterna relación con Hermanas religiosas pertenecientes a otros Institutos, en los que gozaba de una buena acogida que Mª Dolores misma reconocía y expresaba frecuentemente. Muy grato recuerdo mantenía de aquella Comunidad de Carmelitas Descalzas de Echavacoiz de Pamplona. Como también de las Hermanas Carmelitas Misioneras, ubicadas en la calle Pío XII. Comunidades religiosas, ambas, que se han alegrado -así lo expresaban- de conocer a Madre Mª Dolores. Análoga gratitud sentía hacia las Hermanas de las Comunidades Franciscanas Misioneras de la Madre del Buen Pastor, Mercedarias de la Caridad (Hospital de San Pedro) y las Hijas de la Caridad, todas ellas de Logroño, de quienes disfrutó, en sus múltiples desplazamientos con enfermas, de una verdadera acogida fraterna. Fácilmente se escuchaba a Mª Dolores expresar sus sentimientos y alabar la forma de actuar de todas estas queridas Her-

manas a quienes advertía plenamente abiertas a la comunión fraterna entre las diversas Familias Religiosas en la Iglesia.

Asímismo entrañables Comunidades, ya dentro del ámbito peculiar de la propia Orden, eran para ella las Hermanas de Madre de Dios en Logroño, y las Hermanas de Bilbao. También aquí verificó el contacto de la gozosa realidad fraterna. Sendas Comunidades acogían gustosamente a Mª Dolores y entre ellas se le consideraba como una Hermana más.

Todo este capítulo de las salidas de Mª Dolores a Hospitales, tan y tan prolongado a lo largo de su vida, se pudiera decir que le ha hecho una mujer rica en experiencia; en experiencia de la providencia de Dios, que siempre se adelantaba a socorrer su persona, y rica en experiencias de fraternidad. Quizá por todo esto sentía una insofocable necesidad de atribuir a Dios todos los bienes inherentes en la persona.

Todo este interminable ir y venir por carreteras, estancias prolongadas en Hospitales, noches sobre una hamaca, repentinos cambios a otros Centros de mayor especialización, todo esto, sin duda, comportaba una considerable ascesis personal. No dudamos que tuvo reiterados momentos de superación personal en los que "consentir". ¿Fue esta la coyuntura vital que le adquirió un "cuerpo austero", vezado a la cautividad de la voluntad? ¿O tal vez se explica desde la contemplación de la "diaria humillación" del Hijo de Dios? Lo puramente cierto es que podías ver a Madre MªDolores no rehuir la cruz en su versión de fatigas e incomodidades, arrastrando serenamente difíciles circunstancias.

¿Cuál era el núcleo carismático o 'leit motiv' de su espiritualidad, capaz de orientar el conjunto de componentes humanos de Mª Dolores hacia el misterio de Cristo? Quizá podamos hallarlo implícito en su mismo carisma, en su ser de Concepcionista Franciscana.

Si para nosotras, contemplativas-concepcionistas, vivir el misterio de la Llena de Gracia es vivir asociadas al mismo Espíritu que la agració y plenificó; y si es también movernos en los dones de este mismo Espíritu (bondad, amabilidad, dominio de sí...), bien podemos afirmar que Mª Dolores ha vivido fecundamente el carisma al cual ha sido llamada en la Iglesia. No es difícil identificar en ella hechos del Espíritu, justamente en ese equilibrio de facultades humanas que, ciertamente, acusan la presencia y la gracia de Dios. Siempre solía subrayar, en pocas y sencillas palabras, nuestro carisma, la fuerza que proporciona contemplar a María en su humilde senda de Nazareth. Como derivación de la fuerza de María en nuestra consagración, aunque sin pretender ser simplistas, Mª Dolores buscaba saber encontrar a Dios en la vida. Supo que esto es un don, sí, pero que también comporta un aprendizaje y una búsqueda.

Curioso, era advertir el fervor y la unción con que vivía una de las expresiones de la piedad franciscana: el Vía Crucis. Normalmente, después de evocar la escena o estación correspondiente, cerraba los ojos y contemplaba en silencio. Evidentemente que no tenemos acceso hasta las experiencias vividas en la esfera impenetrable del misterio de cada persona, pero sí que se patentizaba su respeto y veneración a esta re-actualización del misterio de Cristo paciente.

Según la ocasión, cuando suplía en ausencia de la Madre Abadesa, también recitaba de memoria un corto comentario al

Viacrucis en el que reflexionaba y adecuaba, personalizándolo, cada uno de los hitos dolorosos del Señor.

CORAZON ABIERTO, MANOS Y PIES EN MOVIMIENTO...

¿Más aspectos configurativos de la persona y vida de Mª Dolores? Son tantos y tan palpables....

Quizá porque en sus tiempos de seglar había sido "ojos para el ciego, pies para el cojo" (Jb 29,15) siguió descollando en ella la conmiseración hacia los pobres y afligidos que, literalmente, tocaban a las puertas de nuestro monasterio. Y es que, desde la fe, descubría en esos hermanos el rostro de Dios.

Identificada con el sentir vicentino -había pertenecido a las Conferencias de S. Vicente de Paúl- que ve en los pobres a mis 'señores', hubiera desplegado la generosidad de la Patrona de la Orden Franciscana Seglar, la Reina Sta. Isabel de Hungría en socorro y alivio de los pobres. Pero ¿cómo , estando impedida por su misma pobreza evangélico-canónica? No importa. Como el amor es ingenioso, y por eso de que a corazón abierto, manos y pies en movimiento, Mª Dolores daba cuanto tenía: amor, comprendisón, aliento, energías físicas (a este aspecto nos vamos a referir) en favor de los pobres que "siempre los tendréis con vosotros" (Jn 12,8).

No era infrecuente que durante el tiempo de descanso de mediodía la Hna. Tornera cruzara el claustro en dirección a la celda de Madre Mª Dolores para que atendiera al o a los pobres que esperaban en la portería. Y esta atención era, además del alimento elemental, dotarles de las prendas de vestir que requerían. Prendas que previamente ella se había ocupado de lavar y coser, en muchas ocasiones. En los tiempos de recreación con labor, la bolsa de los pobres le acompañaba para hacer

arreglos o, sencillamente, confeccionar con telas que llegaban al monasterio. ¡Cuántas horas de lavado, de costura llevaban en sí muchas de esas prendas! Sólo el Señor las contabilizaba.

Otras veces eran muebles que proporçionaba a familias necesitadas, recibidos con anterioridad en el monasterio y que aguardaban la oportunidad de que algunos de esos hermanos "mis señores" expresasen tal deseo o petición. Y era también el preparar grandes paquetes, periódicamente, para las Misiones. Toda esta dedicación mayormente ocupaba su tiempo que llamamos libre.

Para dichos menesteres se contaba con un amplio lugar que denominamos "colchonera" (porque antiguamente se retiraban allí, durante el verano, los colchones de las Hermanas), y allí se ocupaba la buena de Mª Dolores en momentos libres. Por lo que entre nosotras se hizo proverbial este breve diálogo: "¿Buscas a Mª Dolores? Pues vete a la colchonera". Le colgábamos el sambenito o apelativo de "Trapera de Emaús", "Mª Dolores de Calcuta", etc., a lo que ella sonreía bonachona.

Consciente de ese su "carisma", la Madre Abadesa le obsequió en un día de su cumpleaños la biografía del Siervo de Dios Alberto Capellán, con lo cual le confirmaba en su "oficio" devocional de entrega al prójimo, semejante al de ese su paisano riojano citado.

OTRAS ANECDOTAS

Recoger episodios, anécdotas simpáticas protagonizadas por Mª Dolores nos proporcionaría buen solaz, sobre todo por la "sal" de sencillez con que están condimentadas.

Y mencionando los vocablos "sal","condimento" nos trasladamos, casi sin proponérnoslo, a sus vivencias de cocinera. Al traer a colación aquellos tiempos, un tanto estrechos en lo económico, recordamos con fruición aquellos buñuelos tan

ricos que Mª Dolores hacía para dar de comer a la Comunidad -y éramos treinta y pico Hermanas- con sólo cuato huevos, y el resto..., ¡de harina! Siempre que evocamos y mencionamos este "milagro", Mª Dolores reía anchamente, y todas con ella.

Desempeñando este oficio de cocinera ocurrió este simple episodio que emerge siempre en nuestra memoria cuando tornan los villancicos.

Un mediodía del Tiempo de Navidad, la Comunidad después de comer se dirigía al Coro Bajo para visitar al Santísimo y darle gracias. En un momento o pausa de silencio se oye la voz, un tanto desentonada, pero alegre de Mª Dolores, que canta: "¡Vamos, pastores, vamos...!, vamos a Belén". Cerca del Coro, en la huerta, había entonces unas conejeras y Mª Dolores en ese momento les daba de comer a los animalitos. Se interrumpe el canto del villancico, pues Mª Dolores parece saludar a los conejos, diciéndoles cariñosamente "¡conejuelos, conejuelos!" Y reanuda la canción, "vamos a Belén, a ver en aquel Niño la gloria del Edén". Las Hermanas no pudieron terminar las preces de acción de gracias por la risa que les provocó la alternancia "fervorosa" del canto del villancico invitando a los conejuelos a llegarse hasta Belén.

Digna de especial mención es aquella escena que ni la misma Mª Dolores acertaba, en otro momento, -pues veía a la niña angelical en su mente- a contarnos. Mª Dolores acompañaba a Sor Amada al médico. Ya en el autobús, una niña miraba atentamente a las dos religiosas. Parecía algo indecisa a acercarse, pero no dejaba de observar a las dos. Resuelta ya la niña se acercó y, muy cortesmente les preguntó si eran hermanas gemelas. Sorprendida Mª Dolores, pues era muy obvia la desemejanza física, le dirigió este interrogante a la niña: ¿por qué dices eso, bonita? A lo que ingenuamente la niña contestó: "Pues, porque lleváis el mismo vestido, el mismo rosario, y a las dos os faltan dientes..."

RESPONSABILIDAD DE GOBIERNO

En una Comunidad religiosa, poseída por el Espíritu cuando se reúne en el nombre del Señor, cada cual desempeña un servicio, un ministerio, aunque todos contribuyendo desde esa estructura de colaboración que sustenta toda Comunidad evangélica y que es suscitada por el mismo Espíritu de Dios.

En el capítulo conventual del 27 de noviembre de 1973 Mª Dolores fue, pues, elegida para servir a las Hermanas desde la responsabilidad de Madre Abadesa.

Si hay algo que hasta ahora se ha pretendido dejar bien evidente es, justamente, esa dimensión de fe con la que nuestra Madre iba aprendiendo a vivir. Todas sus realidades humanas, los hechos históricos que le sucedían, sufrían, desde su fe cristiana, una transignificación, esdecir, aprendía a entenderlas comorevelación de la voluntad divina.

Todos asentimos que, en efecto la revelación de Dios, sí, es interpersonal, es dialogal, es cristológica y eclesial, pero también es histórica. Y, precisamente, porque una, la mejor, de las sabidurías supremas que produce la fe es la capacidad de aceptar la voluntad de Dios, Mª Dolores asumió sin reticencia alguna este nuevo capítulo de su vida: ser animadora espiritual y guía de su Comunidad Concepcionista Franciscana.

Difícil es resumir en pocas palabras esa capacidad que tienen algunas personas de orientar a las demás hacia un determinado fin, desde su ética personal y sapiencial. Hay algo muy importante en su pedagogía de gobierno, y es que nunca antepuso la estructura y la ley a la experiencia vital. Ciertamente fue mujer de criterio y discernimiento elástico, lo suficientemente flexible para apercibirse e ir acomodando una misma infraestructura monacal a las múltiples y diversas experiencias por las que se atraviesa en la vida.

Sí, las Hermanas la votaron para Madre y la querían para

Superiora, precisamente porque su persona convencía, persuadía, iluminaba; porque sus planteamientos de gobierno, su estilo, no caminaba en la línea de las normas, disposiciones, aunque sí que respetaba y proseguía las adquiridas costumbres monásticas. Tales costumbres las concebía como un recurso de unión espiritual entre las anteriores generaciones de Hermanas con las presentes.

Quien escuchaba hablar a Madre Dolores -no solía ser muy prolija en sus exhortaciones-; quien observaba su comportamiento, instantaneamente debía recordar este pensamiento paulino "sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros" (Ef 4,32-5,1). Su pedagogía nunca fue un "ir tirando". Impulsó con confianza a las Hermanas en esa verdad de que las fuerzas que llevan a una Comunidad adelante nacen en el diálogo y reflexión compartida. Unió con equilibrio la autoridad y el amor, trasmitió la fe con gozo.

Para Madre Dolores era tan esencial e importante en nuestra vida contemplativa ordenarnos a la luz de la Palabra, tan imprescindible beber de las limpias fuentes de la espiritualidad cristiana, que inició un plan comunitario de lectura de la Sagrada Escritura. Diariamente, al término de la Hora litúrgica de Nona, nos acomodábamos en la sala de estudio y leíamos paralelamente untexto -normalmente un capítulo- del Antiguo Testamento y otro del Nuevo Testamento. Convencida que la pllenitud de la revelación se halla en Cristo, que su misterio late en toda la Historia de la Salvación, quería trasvasar esta certeza de fe.

Mª Dolores valoraba la buena imagen, el mismo talante atractivo de su Comunidad, aquello de "a la ética por la estética", pero ante todo y por encima de todo, buscaba ser coherente con una misma y con la fe cristiana. Advertía que una persona consecuente con sus principios humanos y religiosos-cristianos alumbra el porvenir, el futuro de las demás; que, de alguna manera, estimula a la esperanza. Su clave para

entender la vida, la misma existencia de las Hermanas, fue precisamente esa, ser leal con las propias convicciones. De hecho, hemos podido comprobar su constante tesón al respetar las características personales de los demás. Gratamente confesamos que supo cavar en el subsuelo humano de sus Hermanas y descubrir, ponderando, esos valores inherentes que ahí se hallan, tales como el valor del esfuerzo, la apertura confiada, la responsabilidad, nuestra condición de sabernos y querernos en constante superación.

Ocupó el ministerio de Abadesa desde el susodicho 27 de noviembre de 1973 hasta el 6 de junio de 1983, en el que nuevamente se la nombró Madre Vicaria. Un 23 de septiembre de 1989 se la volvió a elegir Madre Abadesa.

Madre Mª Dolores desempeñó el servicio de Abadesa desde una senda de sencillez. Consiguió relacionarse con las Hermanas de persona a persona, de creyente a creyente. Sin esperar galardón por sus servicios, en silencio, a todas quería servir.

No podemos dudar de su hondura evangélica, pues supo relacionarse con Dios, supo orar, sentía la necesidad de obrar. Día tras día, semana tras semana, -máxime en este último periodo de tiempo de la enfermedad de nuestra hermana Sor María- al terminar los Laudes de la mañana, salía del coro despacito, con pasos tenues, y se dedicaba por entero a las enfermas.

Un hecho elocuente y expresivo en sí mismo que denota su madurez ocurrió cuando, en una de las ocasiones en que Madre Dolores atendía a Sor María, ésta se lamentaba de no poder contribuir personalmente en el desenvolvimiento de la Comunidad, y Mª Dolores, en un reproche cariñoso, le respondió que "el Señor no necesita de nuestros trabajos, de nuestras cosas y quehaceres, que sólo quiere que aceptemos su voluntad". Afirmar este contundente principio de fe implica, sin lugar a dudas, que ha ido viviendo la revelación cristiana en toda su

dimensión humana, hasta el punto de poseer una fe adulta, educada para superar las dificultades.

Con esta misma naturalidad acometió el pequeño percance, acaecido exactamente ocho días antes de su muerte, de la quema ocurrida de madrugada, cuando las llamas devoraron todo un montón de leña que afanomosamente ella había cortado con una sierra eléctrica.

En nuestro convento, fundado en 1613 no se había acometido todavía ninguna rehabilitación seria del tejado. Los centenares años y la carcoma lo habían dejado en muy malas condiciones, y nos hemos visto precisadas a acometer una restauración total y profunda del mismo. Las deterioradas vigas de la fundación se canjearon en su mayoría. Mª Dolores aprovechaba todo el tiempo que podría para serrar los tablones extraídos y así poder alimentar la estufa de leña instalada en la sala de labor. Pues bien, en aquel gris y frío día de invierno dedicó pacientemente parte de la mañana y de la tarde a esta ocupación. Llegó la hora de la oración y se concluyó la tarea hasta el día siguiente. Todas, entrada ya la noche, nos acostamos sin atisbar nada anormal. Era aproximadamente las cinco de la mañana cuando la Madre advirtió que llamaban a la campana de la puerta regular y, un tanto asustada, junto con otra Hermana, bajaron a responder. El demandero de la casa hizo saber que en las inmediaciones del momasterio había fuego. Con el aliento cortado fueron rápidamente y... efectivamente, las llamas sobresalían atrevidas y ambiciosamente por el muro de la huerta, pero el fuego estaba en la zona interior. Con la celeridad que le permitían sus pasos fueron e intentaron sofocar el fuego. Bajamos las Hermanas y, en conjuntado esfuerzo, pudimos mitigar la ferocidad de las llamas. Madre Dolores no podía llegar a comprender lo que había ocurrido pero sus únicas palabras, al preguntarle cómo se encontraba, fueron: "da pena la pérdida, pero todo lo que se hace en respuesta de amor a Dios ya tiene su valor inmediato e indestructible".

Mª Dolores aprendió diariamente a vivir el Padrenuestro. El suceso que comentamos no expresa otra cosa. Es lo mismo que aquel pensamiento franciscano, implícito en las bellas páginas de "la verdadera y perfecta alegría": la bienaventuranza del hombre no radica, en absoluto, en los éxitos humanos, sino en la paciencia y paz con que se arrostran las adversidades y desconciertos de la vida.

Insertamos el **Romance,**
versión lírica del apéndice de la vida de Mª Dolores
'la muerte' que vamos a describir a continuación.
Su autor, *P. Rufino Mª Grández,* capuchino,
alfareño como Mª Dolores,
y muy cercano al desarrollo de la vida de la Comunidad,
hábil compositor de himnos litúrgicos,
ha tejido este bello romance:

ROMANCE EN LA MUERTE DE MARIA DOLORES

En memoria de la Madre María Dolores Castillejo, Abadesa del Monasterio de la Concepción de Alfaro, llamada el 27 de diciembre de 1990.

Quedó la llamada abierta,
quedó encendida la lámpara,
y en el suelo...
roto el corazón estaba.

Venía de la oración
y ya la noche se entraba;
era el momento en que suele
llamar el Esposo a Pascua;
venía a toque de amor
muy limpia y muy preparada.

La antífona vesperal
traía dentro del alma:
"Por tí, oh Virgen Purísima,
se hizo carne la Palabra..."
Era la noche de frío
y el corazón abrasaba;
era el silencio muy quieto
y por dentro golpeaban.

De la cabeza a los pies
venía la esposa blanca;
para la santa liturgia
no fue preciso ataviarla.

Fue la tarde de San Juan
en Navidad, por la octava.

*** *** ***

De amores desfallecida,
miradle en el suelo echada;
tenía el rostro hacia el cielo
y la toca la velaba.

¿A quién una amante mira
en el suelo derribada?
¿A quién, María Dolores,
con tus ojos contemplabas?
¿A quién con esas mejillas,
de carmín ensangrentadas,
a quién con el dardo herida
desde el suelo alanceabas?

Estaba tendida en tierra,
lo más cerca de la nada;
estaba la criatura
en su puesto colocada,
como Jesús en la cruz,
como María, la esclava.

Muerta de amor y servicio
con una voz descolgada.
Fuiste a llamar a este mundo,
por servir a tus hermanas,
y otra voz te contestó
llegada desde la patria.

-¡Conmigo, vente conmigo,
que era Yo quien aguardaba!

-¡Hablad, mi Señor, Esposo,
tendedme la mano blanda,
y llévame, Amado mío,
junto a tu pecho abrazada!

*** *** ***

Hicieron santas exequias
en la iglesia iluminada,
cantando al Dios con nosotros
por María Inmaculada.
Y después en el jardín
fueron a depositarla.

*** *** ***

Quedaron las doce huérfanas
en silencio y sin palabras,
y para dar la noticia
pensaron en Santa Clara.
Quedaron las pobrecitas
como en la hora temprana,
cuando Madre Beatriz
se fue... y la necesitaban.

Templad la pena, prudentes,
y quedaos consoladas,
que del silencio de Dios
se hizo carne la Palabra,
de la Cruz y las espinas
nació la florida Pascua.

Sí, Hermanas. En la quietud del silencio monacal, en el reducido espacio de un despacho y en la abyección y dureza del suelo, tuvo lugar uno de los actos más sagrados en la vida de nuestra Madre Mª Dolores: su muerte.

La evocación de lo entonces ocurrido en la tarde de aquel 27 de diciembre, trae a nuestro recuerdo ese sereno texto de la Escritura: "el justo, aunque muera prematuramente, hallará el descanso" (Sab 4,7).

El día que para Mª Dolores vino acompañado de la "hermana muerte" comenzó festivo y sencillo a la vez. La atmósfera navideña se mezclaba con el jocoso y travieso sabor de los "Inocentes".

Un grupito de Hermanas, como es tradición en los conventos, tratarían de ultimar los preparativos para la pequeña fiesta de los Inocentes. Las madrugadoras campanadas del claustro nos introdujeron en ese amplio espacio de oración: Laudes, Oración y Eucaristía. Aquel día correspondía a Madre Dolores ayudar a la Hermana responsable de la cocina. Toda la mañana anduvo con normalidad entre los pucheros "que también ahí se encuentra Dios", como una jornada más de trabajo. Al concluir la cocina prefirió ocupar el tiempo del descanso en ordenar un cuarto trastero, gesto que por su habitualidad no extrañó mucho. Eran las cinco de la tarde cuando subió a la sala de labor para saludar a las Hermanas y distribuir la correspondencia. Tenía pendiente una llamada de teléfono -dijo- por lo que marchó en seguida. Ante la imposibilidad de efectuarla inmediatamente quedó en el coro rezando el Oficio de Lecturas y esperando llegasen las seis, hora en que daba comienzo el culto público: Vísperas, Corona franciscana y Oración.

¿Cómo resonarían en su corazón, al pronunciarlas, esas palabras de la antífona vesperal; "Por tí, oh Virgen Purísima,

se hizo carne la Palabra"? ¿Cómo sería su apertura al recibir el don de la Palabra, servido por la Iglesia en esta celebración litúrgica? ¿Qué intensidad dejaría caer en ese afectivo y sucesivo "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte?" La oración de la Iglesia, en efecto, le franqueó el camino al encuentro definitivo con Dios.

Pendiente todavía de esa llamada de tléfono, se levantó de la sillería y en unos breves pasos fue saliendo del coro. Ahí, en la escucha de la Palabra, nos dejaba a todas ajenas por completo a lo que iba a ocurrir. Al salir, se acercó a una Hermana y éstas fueron sus palabras: "Yo marcho para hacer una llamada de teléfono y bajar a la cocina. Si tenéis que ensayar, hacedlo". Eran exactamente las 7,30 de la tarde. Al llegar las 8,15 la Comunidad nos dirigimos al refectorio. La cena comenzó un tanto amena, pues ya se insinuaba la fiesta del día siguiente. La Hermana enfermera de semana subió la cena a Sor Adoración y mientras concluía, marchó un momento a una pequeña ocupación. Al atravesar el claustro no halló ninguna anormalidad, pero, ya de vuelta, con intención de recoger la bandeja, atisbó por la rendija la luz del despacho encendida. Pensando que sería un descuido, se acercó cautelosamente para apagarla. Abrió lentamente la puerta, con precaución por si todavía se encontraba en él alguna persona, y observó un bulto en el suelo. No llevaba gafas, por lo que no pudo advertir con exactitud qué era. Inmediatamente corrió a la campana y llamó a la misma Madre para, juntas, afrontar el susto. En vista de que la Madre no aparecía, se apresuró a la cocina con la presunta certeza de encontrarla allí. "¿La Madre"?, preguntó a la cocinera. "Todavía no ha bajado, y se está haciendo tarde", fue la respuesta. Una ventana comunica directamente la cocina con el refectorio, la abrió con celeridad y, con rostro desencajadísimo, pero sin alarmar ni asustarnos, preguntó por la Madre.

Mientras recibía nuestra negativa, advirtió que cenando nos encontrábamos todas, por lo que, de alguna manera dedujo la

posibilidad de que era la Madre misma, la que se hallara en el suelo. "¡Por favor!, alguna valiente que me ayude", fueron las prudentes palabras con las que recababa la compañía de voluntarias. Inmediatamente subimos dos Hermanas con la enfermera, entramos en el despacho y... era nuestra misma Madre Mª Dolores en cuerpo cadáver quien yacía en el suelo. Nuestros ojos se detuvieron en ella. No podía, no queríamos que fuera así, pero era ella. Junto a sí, sobre la mesa, se alzaba la entrañable imagen del abrazo del Señor con San Francisco. Toda una muerte que rezumaba auténtica experiencia franciscana por todos los lados. Ahí, en un acto de fe, quisimos ver a Dios, pero no era fácil. Las lágrimas, la impresión, nos lo ocultaban. Movilizamos todo. El médico se apersonó al instante. No había nada que hacer. Un paro cardíaco fulminante terminó con su vida.

El Padre franciscano José Mª Lete, Guardián de la Fraternidad de Olite y Confesor de nuestra Comunidad, en cuanto tuvo conocimiento del hecho se apersonó en el Monasterio para acompañarnos. El mismo nos sugirió la idea de rezar todas juntas, ante el cuerpo yacente de la Madre, el oficio de Lecturas de Difuntos. Fue entonces cuando el Espíritu nos hizo vibrar ante la Palabra de Dios. Fue la coyuntura vital que abrió los ojos del corazón, que despertó nuestra fe, y quisimos creer, confiar, esperar en Cristo, revelación del Padre, Misterio que responde a los interrogantes más profundos del hombre y de su destino. El es **el Señor** de la historia y del tiempo, el principio y el punto a donde abocan nuestras existencias. La liturgia de la Iglesia, los Salmos tenían una significación distinta en la esperanza y revelación cristiana. Acoger su Palabra vivida en la Liturgia era acoger a Dios que entre nosotras quiso hacerse presente.

Las cinco de la tarde del 28 de diciembre fue la hora fijada para el funeral de Mª Dolores.

¡Es cierto que Dios encumbra a los humildes! Acompañan-

do a los familiares y amigos de nuestra Madre y a la Comunidad se habían dado cita una amplia representación presbiterial. De la Fraternidad Franciscana de Olite nos acompañaron el Padre José Mª. Lete, P. Pedro Urrutia, P. Bernardo Garallalde, P. Lucas Ariceta y el Hno. José Luis Fernández. Del Convento franciscano de Soria los Padres Francisco Jimeno (Asistente Religioso de nuestra Federación de Concepcionistas Franciscanas de Cantabria), P. Eusebio Andoño, P. Saturnino Nalda y P. Félix Rubio. Del histórico Convento de la ciudad de Nájera los Padres Modesto Treviño y Sebastián Urbieta. De la Fraternidad de Zarauz: P. Florencio Berasarte, P. José Joaquín Echevarría y Hno. Félix Ibáñez. Del Convento de los Hermanos Menores de Forua se hicieron presentes el P. José Mª Layuno (con quien Mª Dolores antes de entrar al convento había trabajado incansablemente en la pastoral con los pobres) y el P. José María Bilbao. De la Comunidad Capuchina de Pamplona el P. Jerónimo Lecumberri y de la de Logroño el P. Rufino Mª Grández. De la ciudad riojana de Arnedo el P. Vicente de Sta. Mª de Vico. Junto a nosotras también los sacerdotes seculares de nuestra ciudad: D. Juan San Mateo (Párroco de la Iglesia de Ntra. Sra. del Burgo, patrona de la ciudad), D. Manuel Izal, D. Narciso Navas, D. Francisco Martínez y D. Cecilio Valladolid, D. Alfonso Urrea, Párroco de San Miguel, no se encontraba en la ciudad, pero una llamada telefónica dejó constancia de su viva solidaridad y unión espiritual en la hora del funeral. Dos seminaristas alfareños, José Manuel Calvo y Antonio García, ambos cercanos a nuestro Monasterio, también quisieron presenciar el "adiós" definitivo a Mª Dolores Castillejo Lapeña.

La Eucaristía celebrada nos fue envolviendo en la paz y la esperanza de Jesús. Un momento privilegiadamente emocionante fue la breve procesión hacia el pequeño cementerio conventual, en el que depositamos los restos mortales de aquella Creyente concepcionista franciscana que fue luz y guía nuestra. Sólo un pensamiento iba y venía entre nosotras en

aquel momento: una vida abierta al **Amor**, permanece mientras este mismo **Amor** siga viviendo.

No podemos cerrar estas reflexiones de vida
sin incluir también los hermosos sentimientos,
plasmados literalmente, de personas que han conocido
el valor de la vida de Mª Dolores.
El primero de ellos pertenece a *D. Vicente Revilla,*
actual Secretario del Ayuntamiento de Zaragoza,
Don Vicente, profundo y convencido cristiano,
ha asesorado asiduamente a Mª Dolores
por motivos jurídicos, mientras fungía la responsabilidad
de Secretario del Ayuntamiento de Alfaro.
He aquí su testimonio, publicado en la Crónica de Alfaro
(Nr.403, año 1991):

"Se marchó Madre Mª Dolores Castillejo Lapeña, el 27 de diciembre, frío y nublado día de invierno.

Era por elección canónica, la Superira del Convento de Concepcionistas Franciscanas Misioneras de Alfaro.

Una de las muchas Hijas de esta Congregación que ha ya más de cinco siglos deja florecer en sus claustros escondidas flores con aroma de pureza, santidad y virtudes. Ellas van escalando, en sus monótonos días de vida oculta, hacia los espacios de la eternidad bienaventurada.

Y el día de los Santos Inocentes volvía a la tierra bendita de Alfaro, de donde salió hacía sesenta y siete años, acompañada de numerosos hermanos y hermanas de Religión y de ilustres vecinos de la Ciudad, que sienten y han sentido siempre en sus carnes, como propia, la franciscanidad.

También estaban sus familiares.

Su peregrinación por este camino estaba adornada de la serenidad que trasmite al rostro el alma en paz interior anegada.

Llevaba siempre consigo la sonrisa y la mansedumbre, su quehacer era sereno y sin apresuramientos.

Sabía ese extraño saber que consiste en despreciar las cosas de la vida que son triviales y no conducen a nada perdurable.

Y en ese silencio augusto que rodea la partida de las almas grandes se murió.

Como dice San Juan de la Cruz:

"Salí, sin ser notada,

estando ya la casa sosegada..."

Y he dicho que murió, pero no murió; que la muerte no hizo mella, no puede hacer mella en las vidas limpias y recias. La herida de la parca, es el impulso hacia la inmortalidad.

Dolores Castillejo Lapeña, comparte con la Virgen Inmaculada y con Santa Beatriz de Silva y sus hermanos, la visión beatífica de Dios.

Madre Mª Dolores, ruega por nosotros.

MADRE DE LOS POBRES
Hermana Mª Dolores Castillejo

El ya nombrado *Padre José María Layuno*
Franciscano de la Comunidad de Forua (Vizcaya),
se expresa de la siguiente manera
(publicado en Crónica de Alfaro, 1991, Nr.).

"No sé qué decir. No sé cuánto decir. No sé cómo decir.

¡Y pudiera decir tantas cosas!

Hace 39 años que salí de Alfaro de **mis quereres.** Aquellos 7 años que viví en Alfaro, fueron intensísimos en mi vida franciscano-sacerdotal.

¡Cuántos recuerdos!, me dijo una buena cristiana, cuando me abrazó en el funeral de la Hermana María Dolores Castillejo. Y la verdad, en ese funeral -día 28 de diciembre del año pasado 1990- en que mi corazón estaba apretadísimo, me vinieron mil recuerdos, mil historias, mil anécdotas. Y en esas historias y anécdotas tuvo mucho que ver "LA CASTILLEJO". Y prosigo.

No sé cuántos leerán esto que escribo. Han cambiado muchas cosas en el mundo. Y en España. Y, por cierto, en Alfaro. No sé qué categoría social, política, económica, cristiana tendrán los que esto me lean. Pero desearía profundamente que me llegaran a leer los que fueron los actores de esas anécdotas de mis 7 años intensísimos en Alfaro.

Porque tengo que decirles a los que fueron pobrísimos en aquel entonces -¡cuántas cuevas visité una y otra vez!- y hoy tienen pisos y coches -me consta- que ese ángel tutelar de los pobres **-María Dolores Castillejo-** iba dejando, calladita y discreta, dulce y siempre sonriente con sus cachetes coloraditos, iba dejando su cariño profundo en muchos hogares. Ella callaba, siempre oculta, pero yo actuaba como un vendaval con las ayudas que ella me entregaba. ¡Cuántos pobres consolé y alivié con esas ayudas de la **madre de los pobres**!

Tengo apuntados en mis papeles nombres de los queridos mozos de mi corazón que murieron en la paz del **buen Dios** en esos 7 años impresionantes...: Angel J.M., Fernandito, Jesús R., Abel, Vicente, Jesús C., Miguel Ll., Jesús S., Félix, José B., Jesús H., Guillermo, Antonio M., Juan, José L., José Antón, Félix C., Antonio M., Jesús M., Antonio B., Daniel...

A bastantes de estos mozos llegó el silencio de María Dolores en ayuda que yo llevaba. Y como a esos mozos, a muchas mozas que se fueron a la casa del Padre Bueno del Cielo. ¡Cuántos recuerdos! ¡Comenzando y terminando por la Calle Catalanes de mis recuerdos! A esta calle estuve yendo todos los días durante seis meses y, algunas noches, hasta tres

veces. **¡Santo Dios!**

Y termino estas pobres líneas con esta anécdota, que refleja, en síntesis, el alma de esta **santa,** que tiene Alfaro, querida. Una mujer muy pobre, con un niño en brazos y otro de tres o cuatro añitos, me avisó de la crítica situación de una familia pobrísima. El padre sin trabajo. La madre muy enferma en cama -¿aquello era cama!- y cuatro hijos, la mayor de 6 años y la menor bebita de pecho. Los avisos me daban diversas personas. Pero esta vez me avisó la mujer pobre -solidaridad entre los pobres, comparten su hambre. Allá me fui. ¡Qué cueva! ¡Qué miseria! ¡Qué nada de nada! Moví cielos y tierra. Con algunas tensiones con algunas personas, por mi temperamento enérgico y decidido. El hambre y el frío no perdonan. Eso es lo que me ha puesto tenso en mi pobre vida en actitud de lucha: **los pobres, los preferidos de Dios.** Dos mozos benditos, que hoy siguen benditos, bajaron a la madre enferma al Hospital de entonces, que regían las Hermanas Carmelitas de la Caridad. ¡Benditas Hermanas! El padre seguía llorando detrás de la parihuela. María Dolores con los dos y con la bebita en brazos. Yo me quedé en la cuerva con los dos chiquitos. La mayorcita la coloqué en el Amor Misericordioso. Nombrando este nombre ¡cuántos recuerdos vivísimos se me presentan ahora mismo! ¡Esclavas benditas del Amor Misericordioso...! Dejamos a la madre en una cama limpísima. Estuvo allá hasta que se recompuso. Uno de los días me dice: "Padre Layuno, cuando salga del Hospital, lo primero que haré será besar las huellas de esa santa mujer María Dolores". Así no más fueron las palabras textuales. Porque María Dolores -esto solamente lo hacen las santas- tomó bajo su cuidado a la bebita llamada Manolita. Los dos primeros días fueron durísimos. Una de las dos primeras noches se levantó María Dolores ¡¡¡hasta 12 veces!!! La niña tenía hambre. Y no tomaba ni pelargón, ni papilla, ni leche de vaca, nada... ¿Sabéis lo que comió? Asombraros: ¡sopa de ajo! ¡Y cómo la tomaba! Fui testigo. ¿Milagro salido de las manos de la bendita **María Dolores**

Castillejo? Cada lector opine a su gusto.

Desearía con toda mi alma que todos los alfareños -todos- leyeran estas pobres líneas. Y supieran que tienen una **santa** enterrada en el "campo santo" de las Concepcionistas Franciscanas de Alfaro, la Ciudad.

Un venerable sacerdote franciscano, que penetró profundamente el alma de la Hermana María Dolores dijo al enterarse de la muerte de esta **madre de los pobres:** "Esa sí fue santa. Plenamente." Y yo lo creo.

Esta es la razón por la que me acerqué a este Diario de Alfaro: **decir que Alfaro tiene una santa.** No lo duden mis alfareños queridos".

INDICE

Introducción 3
Ocurrió en Navidad 5
Una infancia zarandeada 7
Madura juventud 8
"Florecilla" simpática de Mª Dolores 9
Una decisión de fe 10
Cuando se vive en la esperanza 11
La alegría en el Señor 13
Sinceridad de donación 14
De cocinera a Madre Vicaria 15
Sus devociones 18
Corazón abierto, manos y pies en movimiento... 19
Otras anécdotas 20
Responsabilidad de gobierno 22
Romance en la muerte de María Dolores 27
En el mayor despojo 30
Madre de los pobres 35